

**COLECCIÓN  
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



# **DEMASIADA LIBERTAD SEXUAL OS CONVERTIRÁ EN TERRORISTAS**

**PIER PAOLO PASOLINI**

Traducción de  
Paula Caballero Sánchez  
y Miguel Ros González

**e**  
errata naturae

# Índice

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2014

Los textos de esta edición son una selección del segundo volumen de las obras completas de Pier Paolo Pasolini, publicado en Italia con el título *Saggi sulla politica e sulla società*, Mondadori, Milano 1999

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,  
Cultura y Deporte.



© Pasolini Estate, 2014

© de la traducción de «Los jóvenes, la espera», «Razonamiento sobre el dolor civil», «Último discurso en torno a los intelectuales», «Por otra pedagogía y otros libros de texto», «Los auténticos educadores», «Marxisants», «Contra la televisión», «Acusación de la industria editorial», «Votad en blanco, ganará la cultura», «La culpa no es de los *teddy boys*», «El verdadero escándalo del caso Feile», «Detesto a los que salen de paseo con una pistola en el bolsillo», y «¿También Marcuse es un adulador?»,  
Paula Caballero Sánchez, 2014

© de la traducción de «La carretera que va de Musi a Porzûs», «Poesía en la escuela», «Tetis. El cine y los cuerpos», «¿Qué hacemos con el «buen salvaje»?», «Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas», «Los *meneghelli*. Una nueva máscara italiana», «E. M. (Extremismo metapolítico)», «Casi un testamento», y «La última entrevista», Miguel Ros González, 2014

© Errata naturae editores, 2014

C/ Río Uruguay, 7, bajo C  
28018 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-68-8

DEPÓSITO LEGAL: M-17633-2014

CÓDIGO BIC: JF

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES	9
LA GUERRA	13
Los jóvenes, la espera	15
Razonamiento sobre el dolor civil	21
Último discurso en torno a los intelectuales	25
La carretera que va de Musi a Porzûs	29
OTRA EDUCACIÓN	33
Por otra pedagogía y otros libros de texto	35
Los auténticos educadores	41
Poesía en la escuela	45
ESO QUE LLAMAMOS CULTURA	51
Marxisants	53
Contra la televisión	61
Acusación de la industria editorial	77
Votad en blanco, ganará la cultura	83
Tetis. El cine y los cuerpos	87
SOCIEDAD Y SOLEDAD	95
La culpa no es de los <i>teddy boys</i>	97
El verdadero escándalo del caso Feile	105
Detesto a los que salen de paseo con una pistola en el bolsillo	111
¿Qué hacemos con el «buen salvaje»?	117
Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas	123

POLÍTICAS DE LA RESISTENCIA	129
¿También Marcuse es un adulator?	131
Los <i>meneghelli</i> . Una nueva máscara italiana	135
E. M. (Extremismo metapolítico)	139
CASI UN TESTAMENTO	155
LA ÚLTIMA ENTREVISTA	177

## PRÓLOGO DE LOS EDITORES

En una ocasión, en una cocina infecta de una vieja casa traste-verina (no era una fiesta ni una cena, sino un mero río de gente que habíamos llegado hasta allí en medio de la noche y no sé muy bien cómo), me encontré con un tipo que, mientras buscaba un vaso limpio donde volcar la ginebra, me contó sin mayor énfasis que había conocido a Pasolini. Tal vez fuera un charlatán, tal vez un amigo o un amante. Y en realidad no me contó nada demasiado interesante o memorable. Salvo quizás esto: recordaba que cuando iban a cenar a cualquier restaurantucho romano, a veces Pasolini pedía, muy educadamente, que le prepararan una pasta que no figuraba en la carta, algún plato realmente sencillo cuyos ingredientes se encuentran en cualquier cocina, algo que simplemente le apetecía tomar aquella noche. Siempre se lo sirvieron, dijo, y no precisamente porque el camarero o el cocinero supieran quién era Pier Paolo Pasolini. ¿Por qué no iban a hacerlo?

Aquel «mundo», aquellos «restaurantes», aquella «gente», aquel «hacer», ya no existen, al menos en Roma o en cualquier otra ciudad europea. Hagan la prueba, salgan de casa, lléguense hasta el restaurante más cercano, del tipo que sea, e inténtenlo. Y lleven preparado un sólido y falaz argumentario bien surtido de prescripciones médicas y exigencias dietéticas si quieren tener la más mínima oportunidad. El consumismo, que Pasolini

identificó como «un puro y simple cataclismo antropológico», se ha desarrollado hasta prácticamente solapar nuestra relación con los objetos, las personas y los actos; con la producción de cada objeto, con el trato de cada persona y con la comprensión de cada acto. Pasolini asistió consternado, y con una lucidez casi única, a la aniquilación, en nombre del progreso, de la cultura popular que era ajena a esta comprensión de la vida como una forma generalizada de consumo, que obliga a ceñirse, *racionalmente* pero sin pensar, a los platos de la carta, a sus tiempos exactos de preparación y a sus precisos márgenes de beneficio.

Hoy en día han transcurrido casi cuarenta años desde la desaparición de Pasolini, pero el paso del tiempo no ha afectado a la imagen mayoritaria que, al menos en nuestro país, se tiene de él, conocido, ante todo, por sus películas y por el atroz asesinato que puso fin a sus días. Sin embargo, Pasolini fue también un notable poeta, un extraordinario novelista y dramaturgo y, qué duda cabe, uno de los mayores ensayistas e intelectuales del siglo xx. Y una década tras otra, su pensamiento no sólo no se ha visto rebasado o esquilado, sino que ha cobrado un vigor aún mayor a la hora de llevar a cabo su función primordial: decir lo que nos ocurre, lo que nos duele, lo que nos hiere, lo que nos mata.

Pasolini supo ver y entender, como muy pocos pensadores lo han hecho, la modificación radical de lo real que la televisión, la publicidad y la sociedad de consumo en general estaban operando: no sólo las ideas, los gustos y los intereses de millones de hombres y mujeres estaban siendo apisonados y homogeneizados hasta conformar una masa única y maleable, también sus rostros y sus cuerpos estaban sufriendo esa misma transformación, hasta el punto de que, apenas diez años después de rodar *El Evangelio según San Mateo*, el propio Pasolini fue consciente de que entonces ya no podría volver a encontrar los semblantes cuya imagen asemejaba a la de quienes vivieron en Palestina dos mil años antes. Pasolini supo llamar a las cosas por su nombre: a la sociedad de consumo, «fascismo puro y duro»; a la laminación y al empobrecimiento de la clase proletaria, «genocidio

cultural»; a la escuela obligatoria de la República italiana, «una fabrica de gladiadores desesperados». Pasolini supo demandar «lo indemandable» para enfrentar esta nueva situación: «1/ Abolir inmediatamente la escuela secundaria obligatoria. 2/ Abolir inmediatamente la televisión». Pasolini entendió que la transgresión, la auténtica provocación y una forma de escándalo que no fuera recuperable por el sistema de consumo cultural eran las armas más eficaces que poseía para acompañar su pensamiento con una práctica artística equiparable, y así su última obra, *Saló o los 120 días de Sodoma*, es una película que, literalmente, no se puede ver y nos obliga a cerrar los ojos y a abrir una reflexión tan drástica como esencial sobre el desierto moral que habitamos y el consumo que cada día hacemos los unos de los otros.

Desde esta perspectiva, mi intención como editor ha sido recuperar un conjunto de textos que dan cuenta del pensamiento crítico de Pier Paolo Pasolini en relación a un amplio campo de intereses. Prácticamente todos estos escritos se hallaban inéditos en castellano, pues fueron publicados originalmente de modo disperso, a lo largo de casi cuarenta años, en revistas, periódicos y publicaciones, o bien habían permanecido inéditos a la muerte del autor. Atendiendo tanto a su vitalidad intelectual y a su alcance histórico como a la belleza y a la fuerza de su escritura, todos ellos son textos de primer orden que dan cuenta del mejor Pasolini, pensador transgresor y ajeno a cualquier tipo de concesiones. Así, este volumen querría dar cuenta de cinco aspectos que considero fundamentales en la reflexión, y en la vivencia, de su autor. En primer lugar, la violencia y su extremo, la guerra. En segundo lugar, la educación, tal como se nos impone y tal como podría ser. En tercer lugar, eso que llamamos cultura y la dialéctica crítica que ésta exige. En cuarto lugar, la sociedad, junto a la soledad de aquél que toma conciencia de su deriva. En quinto lugar, la política, que para Pasolini no podía ser sino una estrategia de la resistencia. El libro se abre, por tanto, con un texto de enorme belleza, escrito en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, que expone las esperanzas de

un joven Pasolini y de toda una nueva generación que espera, en medio de la catástrofe, la señal de su propio resurgimiento, y se cierra con dos documentos absolutamente excepcionales: un texto, publicado póstumamente apenas dos semanas después de la muerte de Pasolini, que el propio autor definió como «un testamento intelectual y espiritual», y una última entrevista, brillante y brutal como todas, que tuvo lugar apenas unas horas antes de su asesinato, y en la que el hecho de que Pasolini anote que «mientras nosotros estamos aquí hablando puede que haya alguien en el bar planeando liquidarnos», no habla sin duda tanto de premoniciones como de la estricta lucidez de quien ha tocado «la vida violenta» y conoce verdaderamente su lugar en el mundo y su *pathos* ineludible.

Aquel tipo, fuera quien fuera, me dijo una última cosa antes de salir de la cocina, apurada ya su ginebra: Pasolini *sabía* que antes era más sencillo ser feliz. En un primer momento, aquel comentario me pareció una visión retrógrada o melancólica de la existencia. Tras pensarlo con calma me di cuenta, y quince años después sigo convencido, de que ese pensamiento encierra un contenido de verdad (o como me corregiría Pasolini: una evidencia) innegable, vinculado a la degradación continua y sistemática del medio urbano, ecológico y moral en el que vivimos, que hace cada día más difícil la experiencia humana de una vida tranquila, alegre y plena desde un punto de vista espiritual, aunque estuviera envuelta por el azar y la frugalidad. Tan sólo un desconocimiento absoluto del pasado, o el miedo a ser considerado un reaccionario o un nostálgico, nos pueden impedir apreciar esta realidad. Esto no quiere decir, por supuesto, que se deba volver atrás, pues las lacras de otros tiempos son muchas y aciagas. Sin embargo, esta relación crítica pero positiva con el pasado es imprescindible para evitar el desastre definitivo del futuro. Como afirmaba tajante Pasolini en sus *Cartas luteranas*, «mejor ser enemigo de muchos que de la realidad».

## LOS JÓVENES, LA ESPERA<sup>1</sup>

*Dolorosos despertares*

Giuseppe Ungaretti

Abandonada sin más la fácil pompa de una juventud concebida como gallardía o fresca prepotencia, acabaremos dispersados y humildes en medio de una muchedumbre que nos avasalla. Conscientes de que, antes de considerarnos dignos de nuestras esperanzas, tendremos que padecer secreta e intensamente todas las experiencias de quienes nos precedieron, no tenemos siquiera miedo a admitir la impotencia o, en todo caso, la acerbidad de nuestro estado de espera. Sin embargo, como empujados por un mecanismo que nos supera, nos dirigimos hacia el futuro y alzamos nuestras voces, aunque cerrando los ojos y dejándonos llevar, como présagos del mero hastío y del final. ¿Qué valor puede tener nuestra palabra? Es casta, ansiosa y puede que no pierda su valor ante el fácil testimonio de nuestra presencia. Sin duda, no será esto lo que nos aliente en el camino de la poesía, aunque tampoco en ese otro, más modesto, que es el de la cultura. Comenzamos, pues, sin esperanzas sensibles, vencidos por una ironía impasible y clarividente, sólo seguros de nuestro sufrimiento consciente, que, por otro lado, aún no se ha hecho tan manifiesto como para transmitirnos un estado de habituación más intenso y puro.

<sup>1</sup> Publicado en *Il Setaccio*, n. 1, noviembre de 1942.

No hay momento del día más doloroso que el despertar. Entonces, el mundo, la luz y los hombres se lanzan de nuevo hacia nuestras mentes fascinadas, que se adecúan a éstos y retoman su camino pasmadas por su incapacidad para rebelarse. Semejante al despertar es la juventud y, del mismo modo que el día consume poco a poco el alba que, inerte, se abandona al cambio, así en las generaciones jóvenes, que pasan una tras otra, gritan, llegan a la meta y, una vez en ella, se quedan estupefactas al contemplar a quienes irremediamente les sustituirán, pesa una capa helada de silencio indiferente. Ahora nos toca a nosotros. La única certeza que tenemos en este estado de espera es la ansiedad que nos consume. Y si la conciencia de que todo permanecerá en silencio nos turba, el esfuerzo constante por conocernos y conquistarnos, que ya casi se ha convertido en una dura tarea, niega cualquier duda con una contradicción casi natural y virilmente adquirida que nos infunde una esperanza aún más secreta. Quizá seamos como el atleta cuya fuerza corporal no exulta en gritos o en alegría y que se concentra y se dignifica en un espasmo que surca de arrugas su bello rostro juvenil; cuando un atleta se entrega a la competición no espera vencer, sino que le posee una amargura a un tiempo frustrante e irónica. Cuando gana, no sabe valorar la victoria que los demás ensalzan y piensa, casi tembloroso aunque lleno de orgullo, en el futuro. Es así como hemos recorrido nosotros los lugares de nuestra juventud que ahora contemplamos a lo lejos, compadeciéndonos de su condición de dolorosa espera. Sin embargo, en el curso de nuestra existencia, ésta se configurará en un lago de clarísima luz; a los veinte años, nuestro esfuerzo e ímpetu se aplacarán en la memoria y ésta será la única edad de la vida en la que el hombre no necesite a Dios; tan ensimismado, tan solo —en un sentido divino— y consciente de sus movimientos, como si estuviese dedicado a una perenne y doliente gestación del mundo.

Que sean suficientes estas últimas consideraciones para tranquilizar, con un sentido de virilidad y de orgullosa alegría, al receloso que haya comprendido el sentido del discurso anterior inadecuadamente;

cuadramente; un discurso que, en esencia, no cambiará si se extrapola a los problemas reales presentes, es decir, a la condición política, social y literaria actual. Y como esto no ocurriría si hubiésemos nacido en una época política, social y literariamente revolucionaria, ¿acaso ahora nos pertenece a los jóvenes la cruda responsabilidad de no traicionar el nuevo sentido de la vida derivado de dicha revolución, es más, de profundizar en él, de sacarlo a la luz y de devolverlo a la historia purificado a través de su completa realización?

Esfuerzo, sumo autoconocimiento, afán interior individual y colectivo y angustiosa sensibilidad crítica serán los atributos que caracterizarán nuestro nuevo entusiasmo, después de que —repito— tanto en el ámbito político, económico y social como en el cultural, procedamos de inmediato hacia un descubrimiento cuya senda habremos de seguir, y no de modo mecánico, sino profundizando con lucidez e intensidad en ella para distinguir en la herencia recibida —en el nuevo sentimiento de existencia— lo realmente nuevo de lo superfluo, de lo residual o de lo malvado. En resumen, nuestra generación pasará a la historia con una expresión excesivamente seria, dado que, gracias a la enseñanza de nuestros padres, situada en un plano superior a aquel desde el cual ellos partieron siendo jóvenes, nos consideramos responsables ante una verdad revelada.

Ante semejante verdad, sentimos que nuestra próxima búsqueda debe hacerse en soledad. Los amigos o los grupos de amigos siempre existirán, porque la simpatía humana y los lazos afectivos nunca desaparecerán, pero, en nuestra opinión, la época de las revistas, de las corrientes, en definitiva, la época de los «ismos» está más que trasnochada, ha quedado relegada al pasado. Durante los últimos meses se ha hablado frecuentemente de nuevos movimientos o, mejor dicho, de condiciones literarias constatadas (como neorromanticismo, neohumanismo, etc.). Sin duda, todas estas denominaciones encierran un elemento justo y vivo, pero, en esencia, todas son falsas. Nosotros no queremos tener un nombre; o mejor, cada uno de nosotros quiere tener su propio nombre. No somos fascistas, pero queremos



llamarnos italianos, y aunque no podamos cambiar el significado de la palabra, tampoco queremos llamarnos con nombres genéricos como «modernos» o «tradicionalistas», si «modernidad» o «tradicición» no significan más que profundo apego a la vida verdadera.

Sabemos que lo dicho hasta ahora puede obstaculizar muchas vías (o escapatorias) y nos afirma sin posibilidad de retorno. Sabemos, también, que nos une otro compromiso; es más, lo hemos hecho sin temor ni modestia, si es que, de entre los atributos de esa juventud retórica que hemos repudiado, al menos nos queda la soberbia.

Por otro lado, echar un vistazo al mundo literario que nos rodea nos asegura y nos reafirma completamente en que podemos concentrarnos, con las espaldas cubiertas, en nuestra búsqueda. Los jóvenes más dotados de otras páginas juveniles parecen no tener posiciones muy lejanas a las nuestras (citaré a modo de ejemplo un pasaje de F. Arcangeli recogido en *Architrave*: «En el arte, la juventud es una edad que todo verdadero artista desea olvidar lo antes posible o, en todo caso, resucitar con una forma más alta y pura»). En cuanto a los «célebres» de las letras italianas, no tenemos ninguna hostilidad o presunción de superación para con ellos; los aceptamos con cordialidad, es más, con amor. No son pocos los nombres que más admiraremos en nuestra espera. Simplemente, nuestra ambición es mayor. Por otro lado, querido Malaparte, estamos completamente de acuerdo con usted en lo que respecta a las cretinas musas, pero podemos asegurarle que nuestras sensibles narices no perciben ningún olor —ni siquiera exquisito— a cadáver.

En el aspecto, digamos más oficial o nacional, de la cultura, nos sentimos plenamente seguros de la inteligente labor realizada por el ministro Bottai. Además del reciente y conmovedor nombramiento de Ungaretti para la cátedra de Literatura moderna, podríamos presentar una serie de ejemplos que ilustran la inteligencia de nuestro ministro: su «Fronte dell'Arte» [Frente del Arte] es uno de los principios indiscutibles en las últimas

informaciones críticas. Es más, como conclusión, querríamos manifestar todo nuestro apoyo y simpatía por el discurso que pronunció en Florencia dirigido a la juventud europea y publicado por *Primato*.

Como hemos visto, no hay nada contra lo que podamos darnos de bruces, nada contra lo que apuntar nuestras armas o dirigir nuestro alboroto. Lo único que nos pedimos a nosotros mismos es ser dolorosamente coherentes con nuestra angustiosa espera y, a los demás, que no nos humillen por nuestros ambiciosos compromisos.